

JOSEPH SOMMERS

INDIVIDUO E HISTORIA  
EN *LA MUERTE DE ARTEMIO CRUZ* DE  
CARLOS FUENTES

A diferencia de *La región más transparente*, en la cual un montaje narrativo construido flexiblemente lograba una visión panorámica, amplia, de la sociedad mexicana, enfatizando sus bases culturales e históricas, *La muerte de Artemio Cruz* presenta una psicología individual, un destino trazado contra los caleidoscópicos cambios del Mé. xico del siglo xx. Cada fragmento de la vida del protagonista representa un momento de elección crucial. Frecuentemente las decisiones deben resolver crisis en su vida personal más bien que pública: evitar su propio fusilamiento o revelar información acerca de movimientos de tropas; otra decisión, la de desposar a Catalina, hermana de Gonzalo Bernal, que había muerto como un mártir frente al mismo pelotón de fusilamiento. A la muerte de Gonzalo, Artemio Cruz asume brutal

Joseph Sommers, «Individuo e historia en *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes», en Á. Flores y R. Silva Cáceres, eds., *La novela hispanoamericana actual*, Las Américas, Nueva York, 1971, pp. 145-155.

mente el control de las fortunas de la familia Bernal como una palanca hacia el poder, pero en el camino sacrifica la posibilidad de ganar el amor de la subyugada esposa, abandonada a las torturas combinadas de la culpa, el resentimiento y el deseo. Otra decisión es la de quitarle a su hijo a una madre excesivamente protectora y exponerlo a la libertad que él, Artemio Cruz, había conocido de joven en una plantación de Veracruz, con el resultado de que el hijo cumpla el destino que el padre había abandonado. Lorenzo Cruz muere una muerte de héroe junto a los republicanos españoles, mientras su padre continúa por el corrompido camino del poder personal.

La inminencia de la muerte elimina toda duda en la mente del lector sobre cómo habrá de terminar la novela. La angustia y la tensión dramática brotan, en cambio, de las variadas referencias temporales y de un ingenioso sistema cambiante en cuanto a puntos de vista.

La acción está relatada a base de fragmentos en primera persona, monólogos interiores del hombre moribundo; en segunda persona del futuro, voz misteriosa equivalente a su *alter ego*, que se dirige a él, sorprendentemente, en tiempo futuro, aunque se refiere a hechos del pasado; y en la tradicional tercera persona del pretérito, con una narración omnisciente que recuenta escenas cruciales en *flashback* que revitalizan los momentos críticos de la carrera del protagonista. El lector, pues, tiene que ajustarse a los ciclos narrativos en primera, segunda y tercera persona y a los continuos cambios de enfoque.

La perspectiva en primera persona, con Artemio Cruz realmente hablándole directamente al lector, ilumina su conciencia en el lecho de muerte.

Una impresión aguda de dolorosas sensaciones físicas y desagradables funciones del cuerpo refuerza sus negativos pensamientos acerca de la familia,

del sacerdote y de los asociados que visitan el cuarto del enfermo. La codicia, la hipocresía y la culpa que él encuentra en ellos sirven de contrapartida a su propio malestar y, en un nivel más profundo, a su propia culpa.

En los pasajes en segunda persona el lector es testigo del drama, mientras la voz del *alter ego* se dirige a Cruz, hablando en futuro de lo que ya ha sucedido, como prediciéndolo. El propósito es colocar al lector al lado de Cruz mientras éste revive sus crisis personales, como si todavía no hubiesen tenido lugar y hubiese aún oportunidad de cambios. Desde este punto de vista el lector puede participar con el protagonista e identificarse con su dilema.

Las más tradicionales secuencias en tercera persona son las más largas.

Aquí el autor, por medio de un narrador omnisciente, refiere directamente al lector fragmentos del pasado del protagonista, puntualizados exactamente en el tiempo: julio 6, 1941; mayo 20, 1919, etc. Esto constituye, por así decirlo, información «externa» que puede ser aceptada como una versión auténtica de las circunstancias que rodean las diversas decisiones personales. En varias de estas secciones la maestría narrativa de Fuentes se destaca agudamente, dándoles a los pasajes casi el aspecto de cuentos acabados.

La tensión que crean las cambiantes perspectivas es aumentada por la naturaleza no cronológica de la secuencia narrativa a medida que las secciones en tercera persona evocan a saltos la carrera del protagonista. Mientras el lector advierte desde las primeras páginas que Artemio Cruz va a morir, sólo la sección final, refiriendo sus días de infancia, ilumina completamente la vida, que ha tomado forma gradualmente en las secciones precedentes, y la muerte, que sigue en forma inevitable.

El efecto esencial de este cuidadoso -y artístico- manejo de la estructura y del punto de vista es el de crear un estrecho y cerrado todo narrativo, que enfoca hacia adentro sus propias complejidades intrínsecas, en lugar de proyectarse hacia afuera y depender de realidades históricas y sociales extrínsecas a la novela.

Con todo, la historia de México es una presencia importante que proporciona el trasfondo de la carrera de Artemio Cruz e impone el campo de elección al que él hace frente en cada coyuntura. Pero está presentada con finalidad, ya estructurada, antes que analizada en términos de causalidad, o desarrollándose en el proceso de la novela. Una vez más, el proceso de la historia es visto como delicado, implicando una forma de cambio convulsivo que al final se convierte en algo sumamente trágico.

El proceso se resume en los pensamientos del viejo Bernal, cuya familia se ha enriquecido aprovechándose de las reformas de Juárez, acumulando propiedades anteriormente poseídas por la Iglesia, que a su vez caen en las garras de Artemio Cruz bajo la falsa bandera de la reforma agraria revolucionaria: «Desventurado país -se dijo el viejo mientras caminaba, otra vez pausado, hacia la biblioteca y esa presencia indeseable, pero fascinante-, desventurado país que a cada generación tiene que destruir a los antiguos poseedores y sustituirlos por nuevos amos, tan rapaces y ambiciosos como los anteriores».

Contra este trasfondo se destaca la figura plenamente lograda de Artemio Cruz, un personaje a la vez admirable en su fuerza y patético en su angustia. Sobre él -su psicología y el significado de la vida- recae el ma

yor énfasis de la novela, y a través de él Fuentes elabora un conjunto de temas significativos.

[El problema que subyace en *La muerte de Artemio Cruz* puede ser planteado en términos específicos: «¿Qué oportunidad encuentra el indio viduo para su realización personal en el México moderno?».] La construcción de esta novela se presta a una visión del hombre existencialmente orientada. Un componente de esta visión es el concepto de la vida como una serie de elecciones mediante las cuales el hombre determina su destino, un tema repetido a través de la novela y que controla la estructura misma escogida por el autor. Un ejemplo de los pensamientos del protagonista mientras revive el pasado: «-Que no te faltará, ni te sobrará, una sola oportunidad para hacer de tu vida 10 que quieras que sea. Y si serás una cosa, y no la otra, será porque, a pesar de todo, tendrás que elegir. Tus elecciones no negarán el resto de tu posible vida, todo 10 que dejarás atrás cada vez que elijas: sólo la adelgazarán, la adelgazarán al grado de que hoy tu elección y tu destino serán una misma cosa: la medalla ya no tendrá dos caras: tu deseo será idéntico a tu destino».

La medida del hombre es la forma de su vida, el valor que le da. Y el punto final del hombre es la muerte. A diferencia de *Pedro Páramo*, en el cual la vida es solamente una prefiguración de la muerte, *La muerte de Artemio Cruz* concibe la vida como la encarnación de todo sentido y la muerte como su negación total.

Artemio Cruz sufre de angustia existencial, que repercute en numerosos matices particulares. Está consciente de que su destino es final, aunque incompleto. Se entrevé su sentido de culpa por haber utilizado a otros individuos, especialmente a su hijo, como pilares de su propia carrera («legarás las muertes inútiles, los hombres muertos, los nombres de cuantos cayeron muertos para que el nombre de ti viviera, los nombres de los hombres despojados para que el nombre de ti poseyera, los nombres de los hombres olvidados para que el nombre de ti jamás fuese olvidado ...»). Indirectamente presente está la comprensión, expresada a través de una blasfemia desesperada, de la necesidad de un Ser Supremo. La religión había sido un fenómeno en el cual nunca pudo confiar para sostenerse, porque la afirmación de la vida requería la negación de Dios. [...] La novela proyecta una visión del hombre no como simple hacedor de la historia, sino *en la historia*, siguiendo la concepción de Octavio Paz. La historia no es el telón que sirve de fondo al drama personal, es también una fuerza activa que restringe el movimiento individual y la libertad de elección.

El hombre está vinculado a las circunstancias, pero los vínculos son desafortunados.